

Correo del
Arte Hispano

Nº 6 - 1993

■ ARTISTAS MEXICANOS ■

Jeroglíficos de imágenes

Superponer es, simplemente, el placer de constatar que allí donde hay un cuerpo, no hay lugar para otro segundo. Sigmar Polke

La tradición del grabado tiene un lugar destacado dentro de la historia del arte de México. Esta importancia adquiere una especial significación, evidentemente, con José Guadalupe Posada, el insigne maestro que supo trasladar al estilo vivo y directo del grabado como arte popular la inmediatez del mensaje publicitario de la época, dotando a su iconografía, anecdótica y cotidiana, de una impronta estética singular, que logró convertir la ilustración de un suceso -a veces criminal- en una obra de arte.

¿Y por qué esta referencia, que pareciera tangencial, al grabado mexicano? Simplemente por el hecho de que los dos artistas autores del conjunto de grabados que aquí se presenta, tienen una profunda relación con aquel país: Carlos Vidal nació en Chiapas y Nono Bandera ha pasado largas temporadas estudiando, investigando su arte y recorriendo los caminos de México. Es allí también, donde ambos se conocieron diez años atrás y entablaron una amistad, cuyo fruto es este trabajo, empapado, a mi modo de ver, con mucho de las ricas tradiciones, cultos, ceremonias, imágenes y sentido del color de esa tierra. Son por lo tanto, jóvenes herederos y continuadores del noble arte practicado por el maestro Posada.

Los doce grabados de esta carpeta son el resultado de una tarea a cuatro manos, cuyo comienzo se puede fijar hace ahora un año, con el intercambio de unos dibujos que a posteriori se superponían o acoplaban y cuya única pauta precisa en el momento de la creación, era el formato predeterminado. Combinando el desorden y el azar de esta forma de trabajo "a dos", los artistas desarrollan una serie de asuntos recurrentes propios, en los que cada uno venía trabajando desde tiempo atrás: letras, palabras fragmentadas, signos, símbolos, figuras femeninas, masculinas, abstracciones y formas de color.

La técnica aplicada combina el aguafuerte y la xilografía: contrapone la textura cálida y rugosa de la madera con la calidad y definición del trazo en el metal. De este juego

contrapuntístico, del diálogo y la discusión, surgen finalmente las planchas que, ensambladas, se conjugan en los grabados.

El resultado obtenido obedece a todos estos antecedentes. Las superposiciones, que se despliegan con un reducido abanico de colores: el blanco del papel, el negro de la tinta, el azul, el rojo y el plata, dotan a cada elemento participante de una neta definición. Al final, las cuatro manos se distancian, todo queda ensamblado, cada parte encuentra su espacio y esa única visión confirma que se ha llegado al último y delicado equilibrio, el de la obra resuelta.

Las referencias que asfloran y se multiplican, entrelazadas en su propia realidad o distorsionadas por el recuerdo, constituyen un friso que conjuga imágenes de una sexualidad naïve con frutos o flores estilizados, dibujos lineales con planos de color, cuchillos y tenedores, botellas, piñas, bayas abiertas, lápices, cajas, un modesto inventario de objetos que se mezclan con cosas más indefinidas, formas alargadas, filamentosas, ahusadas, en espiral. Hay en cada grabado un reto y una invitación a descifrar, a reunir o acoplar las distintas piezas del enigma, empeñándose en una lectura personal, individualizada, que se apoya en referencias propias y vivencias elementales. Adivinamos una palabra o creemos reconocer un nombre, pero al querer leerlo, se nos escapa por la falta de una letra o una sílaba; percibimos una imagen, pero no concuerda con las ya conocidas. Las apariencias formales de las cosas se desintegran, se alian las unas con las otras y de este diálogo brota un sugerente lenguaje plástico.

... Y así, planeando sobre este mundo fresco y candoroso, completando con la intuición lo que falta a la lógica, acertaremos a dar un orden y un sentido a estas obras, de las que los autores gustan decir que han sido creadas en un perfecto *desorden de los sentidos*, mientras caminaban por los senderos de la creación, utilizando los espacios ilimitados de la libertad.

Martín Bartolomé ■

